

LA FILOSOFIA EN AMÉRICA LATINA *

Leopoldo Zea

Universidad Nacional Autónoma de México

La indiscutible Presencia de la América Latina, Asia y Africa en la historia contemporánea del mundo, hasta ayer sólo a cargo de la acción europeo-occidental está originando nuevas interpretaciones, o puntos de vista, en el campo de la religión y la filosofía como expresiones que son éstas de la búsqueda del sentido de las múltiples acciones del hombre y de la humanidad como abstracción total del mismo. Dicho sentido se venía dando, exclusivamente, a partir del punto de vista de la acción e intereses del hombre europeo y occidental. Europa, era vista como el meollo de lo propiamente humano, como medida de cualquier otra expresión en entes que pudieran ser considerados como hombres. La Europa que, al expandirse sobre el resto del mundo y sobre los hombres que lo habitan, da origen al llamado Mundo Occidental. Esto es, a un mundo que es destacado geográficamente en relación con un mundo allende esas fronteras, mundo oriental, que dando la vuelta al globo terráqueo en este sentido, abarca no solo al Asia y Africa sino a la América, al occidente del Occidente. Europa, que va trascendiendo hacia el occidente y se prolonga en la América que se considera su más legítima heredera, y convirtiéndose en el eje de su futura acción, los Estados Unidos. Fuera de este mundo, que abarca la llamada Europa Occidental y el occidente de la misma, los Estados Unidos de Norte-américa, ésta la otra parte del mundo, al margen del mismo, como Iberia al otro lado de los Pirineos y los pueblos eslavos y magiares al oriente unos y otros muchos de contención de la expansión musulmana que viene de Africa y la Mongola de Asia. Y fuera, por supuesto los pueblos que forman el Asia y el Africa y, con ellos, los que conquista y mestiza la expansión iberica en la América hispana, iberica o latina. Así en el centro Europa, el Mundo Occidental, y en la periferia pueblos que serán objeto tanto de su dominación como de rechazo por un mundo eurocentrista o centro occidental.

Será este mundo europeo-occidental, partiendo de suas propias experiencias vitales e históricas el que establezca los criterios de lo que puede ser considerado como propiamente humano y de su lugar en la historia; la historia que sólo ha hecho y hace el hombre. Este es, el sentido

(*) Conferência pronunciada no dia 13 de agosto de 1982 por ocasião da Semana de Debates Filosóficos, promovida pelo Departamento de Filosofia da UFRJ. Os textos das conferências da Semana serão oportunamente publicados pela Editora Vozes.

de lo que se considera propiamente humano, el sentido de lo que ha sido hecho, de acuerdo con el mismo y de lo que puede hacerse. Fuera de tal sentido sólo el balbuceo, la barbarie, como lo entendían ya los griegos al referirse a hombres y pueblos que por no ser griegos se expresaban mal en esa lengua, como se expresaban mal dentro de la cultura helénica, como la cultura por excelencia. Roma, heredera de Grecia, bárbara ella misma, hará del latín la lengua del hombre, dentro de la cual el no hombre, el proyecto de hombre era sólo el bárbaro, pero al que podía humanizarse, civilizarse, haciéndolo formar parte de la Civitas romanas. De esta forma la cultura, como la entenderán ya los griegos a partir de su propia expresión lingüística, y civilización, como expresión de dominio romano sobre la barbarie, serán expresiones exclusivas de la Europa que surgirá de esta acción cultivadora y civilizante, exclusivas del Mundo Occidental como expresión que era de Europa al expandirse sobre el resto del mundo. Cultura y Civilización que encarnarán religiosamente a el Cristianismo y filosóficamente en el racionalismo que tiene su origen en Grecia. El Mundo europeo-occidental acuñará, una y otra vez, los modelos frente a los cuales otros hombres y pueblos deberán rendir cuentas respecto a sua siempre discutida humanidad. El mundo europeo-occidental juez y parte, respecto a la humanidad de otros hombres, señalará los marcos de posibilidad de la misma a lo largo de su ya vieja historia.

El sentido de esta vieja historia europeo-occidental, entrará en crisis en estas últimas décadas, a partir de las dos grandes guerras que abarcan al globo entero y harán de doloroso estímulo en tal cambio. Pueblos y hombres marginados de una cultura y una civilización que les habían sido impuestas, partiendo de ellas mismas, irán captando y elaborando el sentido de su propia y peculiar existencia en la historia. Partiendo de su propio balbuceo o barbarie, harán suya la cultura y la civilización. En el balbucear o barbarie, está precisamente, lo peculiar de una cultura y civilización propia que no tiene por qué seguir rindiendo cuenta de su existencia a otros hombres y pueblos. Lo bárbaro, el balbucir, es sólo otra lengua, un modo peculiar de la expresión cultural del hombre: una forma de enriquecimiento de lo existente que, para ser así, no tiene que ser rígido sino abierto tal y como enseñó la civilizadora Roma. Roma, asimilando, devorando culturas que podían parecerles extrañas para hacer de ellas parte de su propia civilización y originando, de esta forma la Europa actual con sus múltiples facetas, con sus múltiples expresiones e historia. Facetas y expresiones múltiples que no son sino expresión de la propia Europa al asimilar su no menos propia barbarie. Por ellos, los pueblos, allende de esta asimilación, si algo han de imitar tendrá que ser esa capacidad de la cultura y civilización europeas para asimilarse a sí misma, dialécticamente creando el pujante y poderoso mundo que ha llegado a ser. En el caso de los pueblos no europeos, asimilar a Europa, al Mundo Occidental, en función con la propia y peculiar identidad de los hombres y pueblos empeñados en

tal tarea. De esta forma se trasciende el viejo punto de vista eurocentrista o centro occidental. Y, con ello, se trascenderá igualmente, una filosofía que tendía tan solo a justificar la relación vertical de dependencia de los pueblos al margen del mundo europeo-occidental en relación con este. Eurocentrismo y occidentalismo, fielmente expresado en la Filosofía de la Historia de un Hegel, que de esta forma, justificaba, la manipulación de los hombres y pueblos que habían sufrido la expansión del mundo del que era expresión Hegel. La trascendencia de este filosofar implicará la puesta en crisis del colonialismo que él expresa. Colonialismo apoyado en el binomio civilización-barbarie. La barbarie, el tartamudeo de lo que no se es, como obvia expresión de la peculiaridad propia de todo hombre y pueblo será, presentado por contrapartida, como anti-filosofar.

Antifilosofar frente a una filosofía que pone en duda la peculiar identidad de todo hombre, haciendo de la abstracción racional la piedra de toque de lo supuestamente humano. La racionalidad que los griegos expresaban como **logos** en su doble acepción: razón y palabra; comprensión y expresión. Se considera que habla bien el que razona bien. Un logos limitado al pueblo que lo ha definido, a Grecia, quedando fuera de él, como **doxa**, como simple opinión, cualquier expresión extraña a tal logos. La nada, lo fuera del ser, es lo tartamudeante, lo bárbaro, lo considerado como no racional. Bárbaro es el que no sabe razonar bien y, por ende, tampoco puede expresarse bien. Será esta supuesta incapacidad del no griego para la razón y la palabra, el punto de partida del regateo de humanidad universal. Fuera del logos, que da conciencia y sentido pleno al ser, están entes que no lo son plenamente en esa escala del cosmos natural, propia del pensamiento helénico, que va de lo imperfecto a lo perfecto, lo mismo en Platón que en su discípulo Aristóteles. Imperfección vista como disminución de humanidad, que en Aristóteles se muestra como algo propio de entes inferiores, niños, mujeres y esclavos. A su vez, Roma, heredera de Grecia se señalará como misión, la de civilizar a los hombres y pueblos que sigue llamando bárbaros, para incorporarlos a su logos imperial, a la Ciudad, Civitas, Civilización. Siglos después Europa, el Mundo Occidental, al expandirse se encontrará con otros millones y millones de hombres y pueblos también bárbaros, salvajes, primitivos, "homúnculos", menos que hombres como los llamara el español Juan Ginés de Sepúlveda, justificando la violencia de la conquista y colonización Ibera en América.

El regateo de humanidad, que en nombre de la cultura o la civilización impondrá al mundo la expansión europeo-occidental, adquirida especial expresión en los pueblos que sufren el impacto de la primera expansión, la iberica sobre América. Pueblos sometidos al orden cristiano que aún encuentra su justificación en el logos escolástico aristotélico. Fuera del logos escolástico, sólo está la barbarie que ha de ser sometida por el verbo evangelizador. Evangelización, que parte de la puesta en duda de la

humanidad de los supuestos hombres con los que se han tropezado los guerreros y misioneros iberos en la conquista y colonización de América. Es la discusión que sobre esta regateada humanidad entablan Las Casas y Sepúlveda. Y frente a ella y a sus respuestas la que originará la nueva expansión de Europa, la Europa llamada Occidental: Inglaterra, Francia, Holanda sobre el Mundo que ya ha levantado la conquista y colonización ibera en América. Mundo que ya ha perdido la batalla que en Europa, la batalla entre el cristianismo católico, escolástico de los Habsburgo y el cristianismo reformado de los Tudor. Triunfo de la civilización moderna frente a la ya barbarie de una cultura marginada por anacrónica, tartamudeante en las nuevas expresiones de un logos que se ha convertido en instrumento de dominio de la naturaleza, incluyendo a los hombres y pueblos que no han rebasado su propio estado natural, barbarie. La barbarie ahora como expresión del hombre aún en estado natural, fuera de la civilización por anacrónico o primitivo.

Los hombres y pueblos de la América ibera, serán por esto calificados de una doble barbarie, la primitiva, la propia de sus culturas indígenas, o naturales y la anacrónica, la que le fuera impuesta por sus conquistadores y colonizadores. Doble barbarie frente a la nueva civilización que tiene su asiento en los nuevos imperios europeos y que han dado origen al llamado Mundo Occidental, como expresión de la expansión de esos imperios sobre el resto del mundo. La conciencia de este doble barbarismo se hará expresa la generación que siguiera a la de la emancipación política en América Latina, la que se denominará de la emancipación mental, la generación que se planteara la cerrada disyuntiva, propuesto por el argentino Domingo Facundo Sarmiento: ¿Civilización o barbarie? Lo que se es frente a lo que se debe ser. El no ser por bárbaro, primitivo y anacrónico frente al ser que expresa en pueblos y naciones que se imponen al mundo de lo que no és.

Será de esta disyuntiva que surja ese peculiar filosofar latinoamericano que se inicia como interrogante sobre la identidad, el ser de hombres y mundo de esta región de la tierra. Es el surgimiento del anti-filosofar, como lo hemos llamado, planteando una problemática que parece fuera de los cánones de lo que se considera auténtico filosofar que parte de Grecia, se continúa en Roma, el Cristianismo hasta el racionalismo moderno en sus diversas expresiones. Antifilosofía por plantearse una problemática que parece no haber existido antes en la historia de la filosofía propiamente dicho. Este peculiar filosofar que surge en Latinoamérica, empieza por inquirir sobre su propio y supuesto balbuceo, tartamudeo o barbarie: ¿Poseemos los latinoamericanos una lengua, un filosofar y una cultura propiamente dichas? De la respuesta a estas preguntas dependerá nada más y nada menos que la afirmación de la regateada humanidad de los

hombres de esta región del mundo. Interrogantes que parecen no encontrarse en el considerado auténtico filosofar creado por la cultura europeo-occidental. Por apartarse de las cuestiones propias de la filosofía europeo-occidental, será apartarse de la considerada como auténtica filosofía. Será, como ya lo era para los griegos, barbarizar, maldecir, mal hablar de lo que ya está bien dicho y expresado. La interrogación sobre el ser del hombre de esta América no parece entonces ser una cuestión propiamente filosófica. Es más, el auténtico filosofar, como ayer lo fuera el griego, sólo puede ser el de los pueblos que han hecho la historia de la filosofía, y se han expresado en alemán, inglés y francés. Otras lenguas como el español no han mostrado ser aptas para este menester, y si no habrá que preguntarse, ¿dónde están los aportes en la historia del filosofar en esta lengua ?

¿La insistente pregunta, sobre un filosofar propiamente latinoamericano es un interrogante auténticamente filosófico ? No, de acuerdo con los cánones del filosofar por excelencia. No, dentro del filosofar europeo-occidental. No, de acuerdo con las expresiones del mismo, con los frutos de su problemática. Habrá, entonces, que plantear el problema desde otro ángulo, que no puede ser el que originó tales frutos, el de los resultados de un filosofar puesto como paradigma. Habrá que verlo desde el ángulo de su origen, el que motivó su existencia, realiza su posibilidad. El auténtico filosofar no surgió como un simple afán por semejarse a este o aquel otro modo filosófico. Ningún filósofo, auténticamente filósofo, ha pretendido semejarse a otro filósofo; lo que ha tratado es de resolver problemas que si bien se plantearon a otros filósofos, no fueron resueltos e inclusive no fueron bien planteados. En Grecia, cuna de ese supuesto auténtico filosofar, la filosofía no es una profesión, aunque tal intentarán los sofistas, sino una actitud, afán de saber, afán por escapar a los callejones sin salida que plantea la realidad a los hombres. Y el problema central, el más difícil problema lo fue el del ser. Un interrogante ontológico sobre el ser que sólo podía referirse al único ente capaz de preguntar y darse respuestas, de razonar y expresarse, el hombre. El hombre que pregunta, que interroga, y va dando respuestas. La pregunta sobre el ser, en los orígenes de la filosofía, la ontología, fue, como todo preguntar, un interrogante sobre el ente que preguntaba, sobre el hombre. Así fue, así ha sido a lo largo de la historia de la filosofía, buscando respuestas en el más allá, o en este aquí y ahora en el que el hombre nace y muere. El griego preguntaba por el ser, su propio ser, enfrentado al movimiento que todo lo cambiaba y que al cambiar anulaba esa su propia y concreta existencia. Igualmente lo han hecho otras filosofías frente a un mundo en que este mismo ser ha sido puesto en peligro o simplemente en duda.

¿Por qué ha de ser, entonces, no filosófico o antifilosófico, un interrogar sobre la identidad o ser del hombre de esta América ? ¿Sobre el ser de un ente una y otra vez cuestionado ? ¿Sobre un ente cuya entidad le

ha sido y le es una y otra vez regateada? La pregunta sobre la existencia de una filosofía latinoamericana es una pregunta ontológica, tanto como lo fue la pregunta del griego sobre el ser frente a la naturaleza cambiante. Ontológica, porque lo que está puesto en duda cuando se niega su posibilidad o se pone en duda la capacidad filosófica del latinoamericano, es su propia humanidad, esto es, su más auténtica entidad. Lo que busca afirmar el latinoamericano, al preguntarse sobre un filosofar que pueda considerarse como propio, es su propia existencia, su propio ser hombre. Un ser hombre que no tiene por eso mismo que semejarse a otro, no tiene que ser su calca, sin ser lo que es, a partir simplemente de la conciencia de su propia existencia. Si fue legítimo que el griego afirmase su ser frente al devenir de la naturaleza, igualmente legítimo resulta el que el latinoamericano afirme su propia existencia frente a cualquier conciencia que la ponga en duda. Lo que se está buscando en este afirmar la capacidad del latinoamericano para la filosofía, no es la capacidad para un determinado quehacer, para un oficio o profesión, sino la propia y peculiar humanidad. Pues si bárbaro era para el griego el que no pensaba y se expresaba bien en griego; bárbaro, menos que hombre, seguirá siendo el hombre de esta América si se acepta su incapacidad para filosofar, para el uso de la razón, para pensar y expresarse por sí mismo. Ya que si el hombre es un ente racional por excelencia, su limitación aceptando su barbarismo, implicaría la disminución de ser, su menoscabo frente a otro ser u hombre. De esta forma convertirlo en instrumento de fines extraños a su ineludible y peculiar humanidad. Así la pregunta a partir de la cual se inicia la filosofía latinoamericana, la pregunta sobre su propia existencia, resulta ser una pregunta filosóficamente válida dentro del mismo filosofar europeo-occidental; válida auténticamente universal por sus alcances.

Lo que ha cambiado es el origen y orientación del discurso filosófico expresado por la filosofía europeo-occidental. Se plantea ya otro discurso, dentro de otro origen y otra orientación que, de acuerdo con el primer discurso resulta ser bárbaro, tartamudeante, balbuceante, fuera del discurso propio de la filosofía europeo-occidental. Bárbaro, visto desde este discurso, pero no ya dentro del discurso propio de un filosofar, un razonar y expresarse, propio de hombres y pueblos, como los latinoamericanos estaban al margen de un discurso que no les era plenamente propio y por ello, mal dicho o mal expresado. Fuera del discurso de la filosofía europeo-occidental, existe otro discurso filosófico del que van tomando conciencia sus creadores. Un discurso que deja de ser bárbaro en cuanto no pretende ya expresar lo que puede ser extraño a su propia y peculiar identidad. Un discurso peculiar, como todo lo humano, dentro del cual va inmerso el mismo discurso europeo-occidental, y no como algo extraño, sino como algo constituyente a esa su propia y peculiar identidad. Discurso bárbaro, tartamudeante, sólo en cuanto pretende repetir lo extraño sin habérselo apropiado, sin haberlo digerido, sin haberlo devorado tal y como

lo entendía Hegel en su *aufhebung*. Discurso que parte de su propio y supuesto tartamudeo, barbarie, pero no ya como tartamudeo o barbarie, sino como expresión original del hombre de esta América a partir de sus no menos peculiares experiencias. No ya el imposible repetir el discurso del alumno aplicado que quiere recitar con exactitud las lecciones que le fueran enseñadas, sino como alumno que puede hacer de ellas, instrumento de su propia y peculiar existencia. A la pregunta sobre la posibilidad de una literatura, una filosofía y una cultura latinoamericanas se venía contestando, una y otra vez, que los mismos no eran, no podían ser sino malas copias de la literatura, la lengua, la filosofía y la cultura europeo-occidental. Lo que ahora ve el discurso filosófico latinoamericano en esas supuestas malas copias de la cultura y civilización europeo-occidental, es el punto de partida de un filosofar auténticamente latinoamericano por sus orígenes y expresiones de peculiaridades. Originalidad que imposibilita no pueden ser, buenas copias de los originales de que partiera.

Así, a la disyuntiva, ¿civilización o barbarie? como un poder ser o no buena o mala copia de los frutos de la cultura y civilización europeo-occidentales, se contesta con afirmaciones que niegan tal disyuntiva. Existe una lengua, una filosofía y una cultura que, sin dejar de ser propia de los hombres que la originaron con su acción, tiene ahora sus propias e ineludibles peculiaridades, como expresión que son de lo humano y por ende entrañadas y no extrañas al hombre, cualquiera que sean tales expresiones. El discurso filosófico desde la supuesta barbarie no es, así, un discurso opuesto, o contrario, al discurso de la filosofía, cultura y civilización occidentales, sino expresión de su más auténtica universalización, continuación y ampliación, aunque no repetición del mismo en otros hombres y pueblos. Fue así que surgió Europa, el Mundo llamado Occidental, a lo largo de un gran discurso que alimentaba y se alimentaba con las expresiones de la cultura de otros hombres y pueblos. Discurso que asumía su propia barbarie. Es así que surge un discurso que trasciende el discurso europeo-occidental, discurso, no ya sólo latinoamericano, sino el propio de los múltiples hombres y pueblos que han sufrido el impacto de la cultura europeo-occidental, haciendo de ella alimento para el desarrollo y creación de nuevas expresiones de la cultura y civilización del hombre allende el mundo en que originó tal cultura.

Los grandes problemas que se plantean a la cultura y civilización europeo-occidental de nuestros días tienen su origen en la dificultad que encuentra este mundo en aceptar la existencia de un discurso que no pretende ya repetir el propio y que, al intentarlo resultaba un tartamudeo. Tartamudeo a partir del cual se planteaban como en la Grecia, la superioridad de unos hombres sobre otros. El nuevo discurso, que hemos ejemplificado en su expresión latinoamericana, rompe la relación de subordinación, de dependencia, la propia del nunca suficientemente aplicado discí-

pulo y propone en su lugar una relación horizontal de solidaridad, de colaboración, de ajuste y reajuste que acabe terminando en el Discurso del hombre sin más. No son ya los pueblos bárbaros los que tienen que ajustar su lenguaje al de los pueblos dominadores, sino estos los que han de ajustar el propio al de los pueblos para su propia prolongación y supervivencia. La resistencia a este necesario ajuste ha originado la violencia y la contra-violencia que caracteriza al mundo de nuestros días. Violencia para la imposición de un discurso por los intereses que justifica que como todo discurso, que no se alimenta de las múltiples expresiones de los hombres y pueblos con los que necesariamente convive, se ha hecho anacrónico. Anacronismo ya en la misma defensa de valores que son vistos como exclusivos de una determinada civilización, cultura y expresión humana. Por ello resulta paradójico que, en nombre de la libertad, pueblos que hicieron de esta idea paradigma de su propia existencia, no tengan empacho en anular la libertad de pueblos que también la reclaman como propia. Paradójico que en nombre de la cultura y la civilización, y para su supuesta supervivencia, se aplaste toda expresión cultural o civilizada que no sea prolongación exacta de la propia y sus intereses, y como ayer se sigue exterminando a hombres y pueblos supuestamente bárbaros, por primitivos, por salvajes, por oponerse a la implantación de una cultura y civilización presentada como máxima expresión del hombre sin tomarlos en cuenta.

En nuestros días los grandes conflictos los plantean los reclamos de hombres y pueblos aún considerados al margen de la cultura europeo-occidental, que insisten en apropiarse de valores que los creadores de los mismos consideran de su propia exclusiva. Paradójico resulta así que sean los creadores de una cultura y civilización enarbolada como universal, se enfrenten a hombres y pueblos que, en función con esa universalidad reclaman como propios tales valores y luchan, contra sus mismos creadores por su auténtica universalización. La respuesta a estos intentos ha sido la violencia represiva que encuentra a su vez, las respuestas subversivas, tal es lo que en conjunto ofrece a un mundo de cotidianos baños de sangre. Guerras civiles, una gran guerra civil, más que guerra entre naciones, son las guerras que se desatan en nuestros días en un mundo que la acción europeo-occidental originó y que trasciende sus propias metas e intereses. Originando sin querer, un discurso que, si bien tiene su origen en el propio lo rebasa y amplía de acuerdo con los intereses y anhelos de los otros hombres y pueblos que encontraron en el discurso europeo-occidental el punto de partida para expresar el propio, las palabras, el lenguaje que les ha permitido acceder a la más auténtica universalidad sin tener que negar la propia y peculiar identidad. Próspero enseñó a Calibán a expresarse bárbaramente en el lenguaje propio del dominador; pero este, a su vez, aprendió a usar este mismo lenguaje, no para repetirlo servilmente, sino para exponer su propio y original discurso. En la aceptación de este nuevo discurso que es de Próspero por su origen, pero de Calibán por la asimilación que

éste ha hecho de él, se encierra el meollo de la problemática del mundo de nuestros días.

Es este el sentido la filosofía, que hemos ejemplificado en la expresión que tomó en América Latina, partiendo y asumiendo de su legitimidad como un logos propio del hombre, de cualquier hombre, del hombre en determinadas y concretas circunstancias busca la más auténtica expresión de universalidad. La de lo uno en lo múltiple, la del hombre que trate de expresar al hombre en la búsqueda y solución de sus múltiples problemas sin que el discurso que origine, implique la anulación de otra expresión del discurso humano, sino que por el contrario, sepa alimentarse y enriquecerse una y otra vez con el mismo en una tarea sin fin, la que implique la existencia misma de hombre. Discurso filosófico que no hable ya más del hombre como una abstracción, sino del hombre concreto y, por concreto original y peculiar. Sin que esta originalidad y peculiaridad implique superioridad o inferioridad de un hombre frente a otro. Que lo peculiar, por el contrario, deje de ser fuente de dominio o justificación de dominación. Que los derechos del hombre, propios del discurso de la filosofía europeo-occidental, dejen de ser una abstracción y se expresen como algo encarnado, cualquiera sea el color y rasgos de esta carne; como lo igual, no entre iguales, sino entre desiguales. Que en lugar que se siga afirmando que unos hombres son iguales a otros porque pueden ser copias de este o aquel tipo de hombre, se afirme que todos los hombres son iguales entre sí por ser desiguales, esto es, por ser peculiares, concretos. Sin que esta peculiaridad implique y justifique la posibilidad de dependencia alguna, la manipulación de unos hombres por los otros. Que ya no sean unos hombres los cultos y civilizados porque se expresan en su propia lengua, y otros los bárbaros, los salvajes, porque se expresan a partir del lenguaje del que se han apropiado. Hombre sin más, concretos, como todos los hombres, semejantes entre sí por ser diversos, por ser individuos, personas. Pero también solidariamente unidos en defensa de esa su personalidad e individualidad. Solidariamente dispuestos, también a luchar por el logro de lo que pueda ser y es común a todos sin menoscabo de lo propio.

Tal es el discurso filosófico de pueblos que están haciendo de su supuesto tartamudeo, de su supuesta barbarie, el punto de partida de un lenguaje y razón común del hombre. Discurso, decíamos, que se ha originado en la pregunta sobre una entidad o identidad cuestionada por otro filosofar. Discurso filosófico que está haciendo de su propio y supuesto balbuceo, el punto de partida de un logos, razón y lenguaje, disquisición y expresión que lejos de expresar un limitado modo de ser del hombre, trata de expresar a todos por igual. Expresarlos a partir de sus ineludibles pecu-

liaridades sin anulación alguna de las mismas. Discurso filosófico que el mundo entero reclama como punto de partida para un nuevo orden, el orden de un mundo que ya ha trascendido las metas de los hombres y pueblos que con su acción le dieron origen. Mundo en crisis, porque en crisis están las metas ya anacrónicas de los hombres y pueblos que con su expansión sobre el resto del planeta originaron. Un discurso filosófico de tal naturaleza tiene obviamente que ir más allá de la problemática que se había venido planteando el filosofar europeo-occidental. Nuevo discurso filosófico, no por lo que se aparte del viejo discurso filosófico europeo-occidental, sino por lo que significa de ampliación y prolongación del mismo en el planteamiento y solución de un problema que inicia su historia en la pregunta sobre el ser frente a la cambiante naturaleza, y se continúa y amplía hasta nuestros días en la pregunta sobre el ser, una y otra vez puesto en crisis, por el regateo que hace el hombre mismo de otros hombres en su ineludible relación con ellos.